

Gualterio Looser

La representación de figuras humanas y de animales por los araucanos

Los indios araucanos no eran antes ni son tampoco ahora muy aficionados a dibujar o esculpir figuras de seres vivientes. Nunca han alcanzado un grado de cultura lo suficiente avanzado que les permitiera el cultivo intenso de las artes. Por otra parte, conviene no olvidar que su producción artística de-

be parecemos más pobre de lo que es en realidad, pues gran parte de sus trabajos se ha perdido, siendo una de las causas principales el clima sumamente lluvioso del sur de Chile, que destruye en pocos años la mayoría de las manufacturas. Esto es muy sensible, pues carecemos de verdaderos antecedentes de

casi todas sus industrias y muchas de las curiosas supervivencias que se notan en sus trabajos actuales, hay que explicarlas más con hipótesis o conjeturas que con verdaderas pruebas.

Desde varios años nos veníamos ocupando en juntar todas las figuras que se nos presentaban de seres vivientes hechas por los araucanos. No habíamos podido avanzar mucho, pues son bastante escasas y hay poca variedad de motivos. Las colecciones que existían en Santiago, eran, hasta apenas un año, sumamente pobres, y las figuras repartidas en los libros y revistas son también escasísimas, están muy dispersas en una infinidad de trabajos, muchos de los cuales están completamente agotados, y en no pocos casos las figuras son de una autenticidad discutible.

Esta situación ha variado en forma muy favorable. En la actualidad, el Museo Nacional, gracias al apoyo del Supremo Gobierno y a la laboriosidad de su Director, señor Ricardo E. Latcham, posee una espléndida colección araucana, particularmente rica en tejidos y platería, que son las industrias cumbres de los hijos de Caupolicán. Además, en el curso de los últimos 18 meses han salido a luz tres trabajos de importancia capital sobre las industrias araucanas, y en los cuales viene un buen número de figuras de seres vivientes. Nos referimos al «Album de tejidos y alfarería araucana» por los señores Dr. A. Oyarzún y R. E. Latcham (1), «Los tejidos araucanos» por el Hno. Claude Joseph y «La platería araucana» por el mismo (2).

Una de las cosas que nos han llevado a tratar este tema, es el interés que se nota en Chile desde algún tiempo por lo que se ha dado en llamar «arte aborígen o naciona-

lismo artístico», eso es, aplicaciones de temas aborígenes en la vida moderna. El éxito o el fracaso de esta tendencia dependerá de la manera como se apliquen dichos motivos. Se ha organizado una que otra exposición de «arte aborígen» y continuamente los diarios y revistas tocan este tema. Pero, ¿qué ha sucedido? Generalmente sus autores no han hecho otra cosa que copiar motivos indígenas y ponerlos un poco a troche y moche en objetos modernos, muchas veces de estilo muy diverso. Creemos que el nacionalismo en el arte es un problema muy importante, que nacionalidades nuevas como la nuestra deben resolver cuanto antes; pero no hay que copiar servilmente sino adaptar. No puede ser nuestra pretensión hacer revivir costumbres indígenas muertas o moribundas. Los artistas y artífices deben recordar que estamos en el siglo XX y, por consiguiente, el arte de los indios americanos sólo podrá aplicarse en casos contados, y las aplicaciones sólo podrán llevarlas a término feliz artistas con serios conocimientos arqueológicos.

Los motivos decorativos indígenas podrán aplicarse en las fachadas de los edificios, en la decoración interior, como papeles pintados y algo en los muebles, en los libros; pero, entendámonos bien, únicamente como elementos. La cuestión de coordinarlos y fusionarlos deberá ser obra de artistas que procedan con criterio moderno. En lo que atañe a Chile, otro punto que conviene no olvidar, es que no podemos basarnos exclusivamente en

(1) Stgo. 1928. La parte de tejidos es exclusiva del Dr. Oyarzún.

(2) Ambos publicados en Santiago en 1928.

el arte de los aborígenes chilenos, sino debemos recurrir al Perú y Bolivia, donde verdaderamente tiene su primer origen y sus manifestaciones más excelsas, todo el arte de nuestras razas primitivas. Tampoco podemos descuidar la contribución artística de los pueblos antiguos de México, aunque su relación con los pueblos prehistóricos sudamericanos es puramente conjetural, aunque probable.

Y ahora pasemos a nuestro tema. Parece que los araucanos no han usado nunca plantas o flores en sus motivos decorativos. Es esto se parecen a los antiguos peruanos que también dieron poca importancia a las flores en su arte. Don Tomás Guevara se refiere a algunos tejidos con motivos florales. Nosotros no hemos podido ver ninguno. Sólo en los últimos tiempos, con la industrialización del arte textil, suelen aparecer flores en las «lamas», por ejemplo. Tampoco se ven adornos florales en los trabajos recientes de Oyarzún y Joseph.

Las figuras de seres vivientes que hacen los araucanos, representan únicamente hombres y animales.

Puede establecerse la siguiente clasificación, basada en el material empleado, de las figuras vivientes de los araucanos:

- 1.º Objetos de piedra;
- 2.º » » greda;
- 3.º » » madera;
- 4.º » » metal;
- 5.º Tejidos.

1.º Objetos de piedra

Los araucanos modernos no esculpen la piedra y los objetos antiguos de este material, descubiertos en el Sur, seguramente sólo en parte pequeña han sido hechos por es-

te pueblo. Hagamos una inspección rápida a lo más importante que se conoce.

Entre los objetos de piedra toca citar en primer término las insignias líticas, denominadas «clava cefalomorfas» (1). Varias han sido encontradas en la Araucanía, por ejemplo, cerca de La Unión, en Villarrica, Victoria y otras localidades de la frontera. Estos objetos representan cabezas de loros y son bastante parecidos entre sí; pero como existe abundante literatura y figuras de ellos, debidas a Medina, Latcham y Lehmann-Nitsche, y que Reed en su monografía, cita y recapitula añadiendo varias figuras nuevas, no nos extendemos en este punto contentándonos con dar sólo el dibujo de una clava hallada en la Araucanía, colección del Dr. Oyarzún. Entre las clavas cefalomorfas nuevas que describe Reed, es notable una encontrada en Villarrica por ser antropomorfa y no zoomorfa como las otras. El autor citado dice: «La cabeza consta de dos partes, primero un disco de 43 mm. de espesor, y en un costado superior de éste una protuberancia de 46 mm. de diámetro vertical por 34 en su parte transversal. Esta cabeza representa la cabeza de un hombre monstruoso con una boca profundamente hendida, los ojos muy salientes y grandes, los arcos superciliares abultados y las órbitas enormes en relación al tamaño de la cara. Un poco detrás de la cabeza salen dos brazos que terminan en manos, en las cuales con rasgos se ha querido marcar cinco dedos en cada uno. Inmediatamente debajo de la cabeza, en la parte corres-

(1) C. S. Reed—Descripción de insignias líticas chilenas. Publicaciones Museo Etnol. y Antrop. de Chile t. IV, p. 69 y sig., Santiago 1924.

pondiente al cuello hay una cruz... El aspecto de la clava es típicamente fálico».

Aunque halladas en la Araucanía, es poco probable que estas clavas sean manufacturas de los indios araucanos. Objetos idénticos han sido encontrados desde Quintero, provincia de Aconcagua, hasta La Unión, provincia de Valdivia, o sea una zona mucho más grande que la verdadera patria de los araucanos, que, según Latcham, abarca la región entre el Itata y el Toltén. Es, pues, sensato atribuir estos trabajos, siguiendo siempre las teorías de Latcham, al pueblo que se extendía desde el Choapa hasta el seno de Reloncaví, y que fué cortado en dos por la invasión de los araucanos venidos del Oriente (1).

También se han encontrado en la Araucanía, en el sentido moderno de la palabra, algunas esculturas pequeñas. El Dr. R. A. Philippi (2) reprodujo una interesante pipa de figura humana hallada cerca de Cunco, provincia de Valdivia. Según Guevara y Oyarzún (3), esta pipa es un tipo exótico para la región, traído tal vez del Norte. Otra pipa de piedra parecida a la de Philippi, fué descrita por el profesor Carlos Oliver Schneider (4). Fué hallada en la Cordillera de Nahuebuta, fundo de Maitenrehue. Representa también un cuerpo humano con el hogar para el tabaco o ingrediente sustituto en el vientre. Los mismos, Guevara y Oyarzún, reproducen una pipa con cabeza de caballo hallada en la costa del Toltén. Son muy escasas las pipas que representan seres vivientes en comparación al gran número de pipas corrientes encontradas entre los araucanos. En los últimos tiempos hacen las pipas de madera o greda y también de plata; pero su forma es

muy parecida a las antiguas de piedra.

En Paico, provincia de Valdivia, fué descubierta una curiosa estatuita de 205 mm. de altura. Es un hombrecillo con dos cabezas, el cuerpo está esculpido en detalle como también ambas piernas. Don Carlos Keller (5) dice que se trata del «guenechen», que es la transformación moderna de la idea totémica de «pillán» bajo la influencia cristiana.

Por último recordaremos los petroglifos del Llaimea descritos por el Dr. Oyarzún (6) y que atribuye a una época preincásica. Representa el órgano sexual femenino. A esto viene al caso citar un falo de piedra negruzca hallado en la Araucanía (Los Sauces) y que pertenece a la colección del Dr. Oyarzún. Es de tamaño natural (largo 120 mm.) y, a juzgar por su buen estado de conservación, parece moderno. El araucano no se abstiene de hacer objetos fálicos, como lo veremos al tratar de sus artefactos de madera.

2. Objetos de greda

Menor aún, si cabe, es la contribución de figuras animadas en la alfarería araucana. Este pueblo ha

(1) R. E. Latcham.—El problema de los araucanos. Revista «Atenea», año IV, N.º 6, Santiago 1927.

(2) Aborígenes de Chile. Artículo sobre un pretendido ídolo de ellos. Anal. Univ. Chile, t. LXIX (1886).

(3) El tabaco y las pipas prehispanas en Chile. Anal. Univ. Chile, t. CXXVII (1910), p. 593 y sigs.

(4) Publicaciones Mus. Etnol. Antrop. Chile, t. II p. 401, lám. 15 (1922).

(5) Archaeologisches aus Valdivia. Deutsche Monatshefte f. Chile, Sep. 1925 (Concepción).

(6) Boletín Museo Nacional, t. II N.º 1, p. 38-48, Santiago (1910).

sido siempre un ceramista muy mediocre. Los araucanos hacen objetos de greda con fines prácticos y carecen casi de todo adorno. Don Tomás Guevara (1) da una reproducción de una vasija de greda, que representa un hombre arródlado, con los brazos unidos sobre el vientre. La cabeza, y en general el objeto, están bien modelados, y recuerdan ciertas alfarerías peruanas. Don Ricardo E. Latcham, en el capítulo «La alfarería de las provincias australes» de su novísimo libro «La alfarería indígena chilena» (2) apenas dedica una que otra línea a objetos de greda araucanos con figuras animadas. «El jarro es un tipo bastante curioso. El cuerpo es globular y termina en un gollete ancho y vertical que se encorva hacia afuera en la boca. La base del cuello está rodeada por dos líneas paralelas incisas, pero lo que más llama la atención es una especie de mango, que sale de un costado que termina con una cabeza de animal con el hocico y los ojos en relieve. Este vaso tiene una altura de $16\frac{1}{4}$ cm. Fué descubierto en un cementerio antiguo de Temuco. No poseemos mayores datos respecto de su hallazgo, y como no conocemos otra pieza parecida, no avanzamos ninguna hipótesis respecto de la época de su fabricación. Haremos notar, sin embargo, que dicha pieza tiene un gran parecido con un cacharro descubierto por el Dr. A. Oyarzún en Lolleo, costa de Santiago (3). También tiene este último un brazo, que imita una cabeza de animal en relieve. Todo lo antedicho sugiere la idea que el objeto de Temuco sea el resultado de influencias nortinas. Pero el objeto de greda figurado más importante y común de los araucanos es el «pato», o «kutru metawe» como lo llaman ellos. Por lo común son de un

tipo diferente de los de más al Norte; pero también hay en el Norte «patos» muy parecidos, como la Fig. 6, p. 186 de «La alfarería indígena chilena» de Latcham, que es del Huique, provincia de Colchagua. En poder del profesor don Carlos Stuardo vimos un pequeño «kutru metawe» que tenía pedazos de porcelana incrustados en la greda. Los indios siguen fabricando hoy estos objetos usándolos en sus rogativas, como informa Latcham, y su origen debe atribuirse a influencias llegadas del Norte (4). Los «patos» araucanos son de un aspecto general muy uniforme, casi nunca se observan variantes. La greda es de buena clase, las paredes algo gruesas y no se ven casi nunca adornos pintados o incisos.

3. Objetos de madera.

Mientras que en las dos industrias que acabamos de estudiar la contribución araucana de figuras animales es bien modesta, puede decirse que en cuanto a la madera se nota un gran progreso. Los araucanos son ebanistas bastante expertos y muchos artefactos que son confeccionados de greda o de metal por otros pueblos, son hechos de madera por los araucanos, por ej., platos, ciertos recipientes, estribos, etc.

Toca mencionar en primer término las notables estatuas de madera

(1) Psicología del pueblo araucano, 115, Santiago, 1908.

(2) Santiago, 1928.

(3) Los kjoekkenmoeddiger o conchales de las costas de Melipilla y Casablanca, Santiago, 1910, p. 15, Fig. 6.

(4) Cfr. nuestro artículo «Supervivencias prehispánicas en Chile central moderno», Rev. Chil. Historia Nat. XXI (1927) p. 132-138.

de los panteones araucanos. Estas son bastantes conocidas en Chile y hay reproducciones en muchos libros, revistas y tarjetas postales. Las estatuas son todavía comunes en los cementerios de la provincia de Cautín, o sea, la región donde mejor se ha conservado el pueblo araucano. A veces se encuentran cementerios, en los cuales se levantan una o dos docenas de estatuas. En sus actitudes hieráticas, tapizadas con musgos o líquenes finos, ubicadas ocasionalmente en algunos claros de la selva, infunden en el viajero que visita esos contornos una fuerte impresión de recogimiento. El indio araucano siente un respeto profundo por los muertos y protege y cuida cariñosamente las sepulturas. Cada reducción tiene su cementerio y ¡ay! del audaz que viene a violarlo.

Las estatuas de madera, o «chemamull» en lengua araucana, están hechas de un grueso tablón de «roble» (*Nothofagus obliqua*) generalmente, que mide 30 a 35 cm. de ancho por 5 a 10 de grueso. La altura es de unos 3 metros o más y sólo la parte superior está esculpida, generalmente en una forma bastante primitiva e irregular. Dicho en breves palabras se distinguen dos tipos de estatuas: estatuas más o menos «realistas», en las cuales se notan los ojos, boca, nariz, cuello, brazos, sombrero, etc., y estatuas «estilizadas», en las que únicamente existe la cabeza modificada en una forma muy curiosa. Los brazos están esculpidos en relieve y más o menos unidos sobre el vientre. Con frecuencia hay un hueco que separa los brazos del tronco. La cara es, por lo común, plana, teniendo la nariz en forma de un paralelepípedo en relieve. Unos huecos imitan la boca y los ojos. Las orejas están labradas en forma muy rudimen-

taria y tienen, por lo común, aspecto de semicírculos. Salvo la cabeza que está enteramente modelada, sólo la cara anterior de la estatua está labrada. Pocas veces se notan las piernas (1) El sombrero tiene forma cilíndrica o bicónica. Tanto este tipo de estatua como el segundo estilizado, son de una pieza. Según Guevara (2) y Ruiz Aldea, (3) las estatuas representan muertos, y según el primero serían originadas por la influencia española, lo que no creemos muy probable, pues no es costumbre española poner en los cementerios estatuas de los difuntos. Pero es indudable que algunas por lo menos de estas estatuas representan al muerto. Latcham no deja dudas al respecto, al describir un entierro araucano, que presencié personalmente, cerca de 40 años, al escribir: «Una vez llenada la sepultura, se colocó a la cabeza un *chemanluyi*, o efigie de madera que representaba al muerto. Fué coronado de una especie de adorno que se asemejaba al sombrero de copa de la civilización» (4). La misma opinión sostiene el autor norteamericano R. Revel Smith, quien hizo una jira entre los indios araucanos en el año 1853: «Sobre cada sepultura se había plantado un tronco de diez a doce pies de alto, rudamente esculpido para representar el cuerpo humano. El cacique,—porque sin duda ha-

(1) Enrique C. Eberhardt.— Historia de Santiago, Santiago, 1914. Las Figs. están en la pág. 309 de dicha obra. Son originarias de la Prov. de Malleco.

(2) Psicología, p. 264 y 265.

(3) Los araucanos y sus costumbres, Santiago 1868, p. 48.

(4) R. E. Latcham.—Costumbres mortuorias de los indios de Chile y otras partes de América. Santiago-Valparaíso, 1915 p. 925.

bía sido algún jefe,—se encontraba en el centro del grupo sin más vestimentas que el sombrero y una espada, y por ambos lados estaban alineadas sus mujeres «in puris naturalibus». Cualquiera que fueran las otras faltas en que hubiera incurrido el escultor, no había dejado lugar a duda respecto del *sexo* de sus figuras, y esto parece haber sido su principal empeño. Estas figuras, por burdas que sean, exigen cierta habilidad y los pocos indios que se dedican a este arte logran una abundante cosecha, porque una figura labrada, considerada indispensable para la sepultura de un richachón, vale uno o dos bueyes gordos, según el tamaño y esmero de su elaboración» (1).

En las estatuas de madera, lo que nos parece sombrero, no es más que la representación de coronas de plumas («perquín»), llevadas por los araucanos antiguos en todas sus ceremonias (2).

Hay ciertos testimonios de la época de la conquista que pueden tener relación con este tipo de estatuas. Creemos que la especie de cruz que termina estas estatuas, no es más que una cabeza humana muy estilizada; pero los conquistadores españoles, que vieron figuras semejantes, las tomaron por el águila doble de Carlos V, y en efecto, con un poco de buena voluntad estas esculturas pueden interpretarse como representando aves con las alas desplegadas. Algunos creen que el nombre de la ciudad Imperial tendría su origen en la abundancia de estas estatuas cuando llegaron los españoles (3).

Interesantes en alto grado por su significado etnológico son las máscaras de madera de los araucanos. El Museo Nacional posee varios ejemplares, de las cuales reproducimos cuatro. Todas las máscaras

son de tamaño natural para adaptarlas a la cara. Están completamente labradas con agujeros para la boca y ojos y por dentro están ahuecadas para la cara y hay una cavidad especial para la nariz. En algunos casos se ven también las orejas, de las cuales cuelgan ocasionalmente aretes de madera. En otras máscaras se ven mostachos.

Las máscaras son hoy día bastante escasas. Es de suponer por analogía con otros pueblos que primitivamente tendrían empleo en los bailes y ceremonias religiosas; pero en la actualidad, según informaciones particulares que nos remitió el distinguido R. H. Claude Joseph residente en Temuco, las máscaras, llamadas «kollon» por los indios, les sirven para infundir miedo a los niños.

En el Museo Nacional se conserva también un curioso artefacto de madera que imita una cuna de las que las indias se cuelgan en la espalda para llevar sus criaturas. Mide 455 mm. de altura. El niño está esculpido en relieve en forma muy somera más bien esquemática, y por un solo lado.

Por fin, citaremos una estatuita de madera que posee el Dr. don Aureliano Oyarzún y que es originaria de Angol (provincia de Malleco). Representa un hombrecillo de 205 mm. de altura, bastante bien esculpido con el cuerpo rechoncho y las piernas proporcionalmente muy delgadas. Pero lo que más llama la atención son los órganos sexuales exageradamente grandes y con todos sus detalles. Esta estatua es una nueva prueba de las tendencias fálicas de los araucanos. Tam-

(1) Citado por Latcham en «Organización social, etc.», p. 440.

(2) 1. c., p. 439.

(3) 1. c., p. 436 y sigs.

bien con frecuencia se encuentran en la actualidad estatuas funerarias con los órganos sexuales muy a la vista. Recuérdese el respecto el pasaje que acabamos de citar de Revel Smith.

4. Objetos de metal

Para nuestro estudio lo único de la metalurgia araucana que nos interesa son las joyas de plata. Al decir de Guevara, jamás elaboraron joyas de oro. Esta industria es con toda seguridad posterior a la conquista; pero los indios han sabido darle un carácter propio, incorporando elementos peruanos y españoles. Sus joyas tienen una belleza sobria y modesta y no se les puede negar cierto encanto, y justifican el interés que despiertan y el aprecio de los coleccionistas. Aunque los araucanos producen una gran variedad de joyas, las figuras de seres vivos que se ven en ellas son relativamente escasas y de poca originalidad. Difieren bastante de los motivos decorativos de los tejidos. El Hno. Claude Joseph (l. c.) ha dado reproducciones de un número elevado de joyas araucanas en las cuales se ven también figuras de hombres y unas pocas de caballos.

5. Tejidos

Por último nos toca pasar revista a las reproducciones de seres vivos que se encuentran en los tejidos araucanos. Este grupo constituye el elemento más notable en las manufacturas araucanas y revela mejor que ningún otro la originalidad de estos indios. Si bien, como en la mayoría de sus producciones, se nota en los tejidos la influencia peruana, no es menos cierto que en la

representación de seres vivos en los tejidos, los araucanos crearon algo nuevo que, aunque dependiente de los estilos geométricos peruanos, se aleja en muchos puntos. La diferencia principal es la siguiente: los araucanos hacen casi exclusivamente figuras humanas en sus tejidos, mientras que en los trabajos textiles peruanos se ven con mucha frecuencia aves y mamíferos y la figura humana no es por lo común tan geométrica.

Estos dibujos araucanos son dignos de interesar a los artistas decoradores y creemos que una selección atinada daría elementos decorativos nada despreciables para las artes aplicadas.

Los dibujos humanos no se encuentran repartidos al azar en cualquier clase de tejidos. Sólo raras veces se ven en los «ponchos», formando parte de líneas verticales de adorno; pero con mucho mayor frecuencia los hallamos en los «trarihues», o sean, unas cintas de unos 4 a 8 cm. de ancho por dos metros de largo más o menos, que los indio e indias usan a modo de cintura para sujetarse la ropa.

Todas las figuras son de trarihues. En todas se nota la tendencia absolutamente geométrica, casi no hay curvas. Muy interesante es un «trarihue» antropomorfo conservado en el Museo Nacional desde 1879, originario de la región de Concepción. Es seguramente uno de los tejidos araucanos más antiguos que se conserva. Las otras figuras humanas pertenecen todas a «trarihues». Se ve que en estos últimos los dibujos humanos son más cortos. Por lo común tienen simetría longitudinal y sólo por excepción se ven dibujos con un brazo hacia arriba y el otro hacia abajo u otras asimetrías o con las piernas corridas a un lado

(colección del Museo de Etnología y Antropología de Chile).

Casi siempre el motivo está formado por un sólo personaje; pero hay sus excepciones como la bonita combinación que recuerda un grupo de tres niños tomados de la mano. Con alguna frecuencia encuéntrase dibujos con las manos dirigidas a lo alto como en actitud de implorar. Tal vez la curiosa combinación en el trarihue de la vaca y de la cabra sea una estilización llevada al extremo de dicha actitud.

Las representaciones de animales en los tejidos son bastante más escasas. En uno se vé un buey, una cabra y una figura que quizás sea de origen antropomorfo, como lo insinuamos ya. En el otro hay un hombre y un buey, representa tal vez una escena pastoril. Hermosísimo es un dibujo de zorro de un «trarihue» que nos trajeron de Puerto Montt y que revela un

dominio completo del difícil arte de la silueta. No tan feliz es la imagen de un caballo del mismo tejido. Estos últimos dibujos parecen muy escasos. Ni Oyarzún ni Joseph, entre las muchas figuras de seres vivos que publican, traen ninguna comparable con las nuestras. En cambio podemos ver un caballo casi igual en un «trarihue» de los araucanos argentinos (1).

En la actualidad la industrialización del arte textil entre los araucanos y también la difusión de la indumentaria moderna, está trayendo una decadencia marcada en su estilo y así aparecen dibujos en la importante monografía de Joseph, que representa una mujer con traje europeo moderno sin el menor vestigio del estilo araucano.

(1) F. F. Outes y C. Bruch.—Los aborígenes de la República Argentina. Buenos Aires, 1910, Figs. 98.